

EL MERIDIANO

Chema R. Morais

Perder los papeles

Esta historia está basada en hechos reales, pero dada su crudeza se ha cambiado el nombre de la protagonista. Lourdes, diremos, se dio el alegrón de su vida. Encontró el piso, si no perfecto, sí el más bonito que podía pagar. Lo imposible, como la peli. En cuanto firmó, se fue enseguida a vivir allí y se montó su casa lo mejor que pudo y supo.

Con la crisis, el chollo que le pareció la vivienda no fue tal: en unos pocos meses, el dinero que había aportado, y que seguía pagando hipoteca mediante, era mucho mayor que el que le darían ahora por la vivienda. Además, una oferta laboral en otra ciudad la iba a llevar a trasladarse. Y decidió venderlo. Encontró un comprador. Iba a perder más pasta que la que se cocina en toda Italia, pero, bueno, un mal menor. Y se dirigió a hacer los papeles oportunos. Oportunos... y más interminables que la historia de Michael Ende.

Por supuesto, le pidieron la escritura de la casa. También el certificado del banco con lo que aún adeuda. Además, se le solicitó un papel del Gobierno autonómico y tuvo que volver a Vivienda en otra ocasión porque se había dejado la carpeta en casa. Tantas prisas... Lógicamente, tuvo que devolver alguna ayudilla que había recibido para su compra inicial. Más tarde, se le exigió un documento de la comunidad de propietarios. Al límite de sus fuerzas, volvió a recibir una llamada: el banco del comprador reclamaba fotocopias hasta de la foto de su bautizo, además de no se sabe bien qué gestión de subrogación o de cancelación o de algo que también acaba en ón.

Pero ella, sensata, dedicada, trabajadora, no se amilanó y fue reuniendo toda la documentación. Cuando llegó el día de la firma, esta no pudo concretarse. Faltaba una copia del último IBI y un certificado de eficiencia energética, que, según le dijeron, era difícil conseguir en solo unas horas (aunque, como luego descubrió, no era sencillo en general).

Desanimada, Lourdes pidió el internamiento voluntario en una clínica de desintoxicación burocrática. Comentan los que la visitan que está intentando conseguir una muestra del ADN de sus tatarabuelos maternos y un certificado de penales, por si se lo demandan cuando se atreva a ponerse con cualquier nuevo trámite administrativo. Ella, que se dedicó durante meses a almacenar papeles, parece haberlos perdido definitivamente.

EL MIRADOR | Guillermo Fatás

Las vidas ejemplares de los santos egipcios

Un famoso libro con vidas de santos, editado en Zaragoza hacia 1488, vuelve a aparecer en las librerías y aún puede prestar servicios políticos en el siglo XXI

En el Medievo fueron muy leídas 'Las vidas de los santos religiosos de Egipto'. En España la tradujo al castellano un aragonés de Zaragoza, Gonzalo García de Santa María, que pasó malos ratos por su ascendencia judía. Sus abuelos venían de los Leví sorianos y de los Uluf (luego, Sánchez) de Belchite. Don Gonzalo escribió antes que Nebrija aquello de que la lengua, más que ninguna otra cosa, «sigue al imperio». Vivió entre 1447 y 1521. Muy instruido en historia y leyes, fue lugarteniente del justicia, puesto muy de respeto; consejero del gobernador del reino Fernández de Heredia; y letrado del poderoso arzobispo y virrey don Alonso de Aragón, gran guerrero y mano derecha de su padre natural, el rey Fernando II. O sea, que se codeó con lo mejorcito. Pero la inquina por los judíos era alta en ciertos grupos sociales y eso le costó recibir una buena paliza en 1493, cuando la expulsión oficial de los judíos apenas había cumplido el año. De poco le valió quejarse al rey y que este ordenase buscar a los culpables: los palos no se los quitó nadie.

Santos tirando a 'frikis'

Uno de sus trabajos consistió en traducir la citada obra latina sobre los santos egipcios, que huían del mundo y del pecado a la soledad implacable del desierto. La obra estuvo prohibida por la Inquisición, vaya uno a saber si porque salían en ella santas travestidas, si porque se contaban historias de ramerías (arrepentidas y sin arrepentir), si porque unos cuantos de aquellos santos asce-

tas resultaban extravagantes (eremitas que actuaban en el yermo de forma estrambótica, como 'frikis', a ojos de un lector del 1500), si porque la obra no tenía autor conocido, lo cual la privaba de autoridad y ortodoxia o por todo eso a la vez.

El caso es que don Gonzalo se animó a la empresa y concertó la edición con Pablo Hurus, el magnífico impresor alemán de Constantza afincado en Zaragoza. Ya habían hecho juntos algo que hoy se ha olvidado: una amplia selección del Nuevo Testamento en castellano, impresa en la capital aragonesa en 1484, libro incunable del que no ha sobrevivido ni un solo ejemplar. La pérdida se debe a que la Inquisición mandó en 1559 requisar y destruir todas las traducciones de la Escritura a lengua vulgar, tarea en la que logró considerable éxito.

Las vidas de estos santos del desierto egipcio están llenas de maravillas. Ya pueden leerse, editadas por la Institución 'Fernando el Católico', por obra de Ana Mateo: casi mil páginas y cerca de 4.000 notas con aclaraciones.

Hay de todo. San Macario lograba hacer hablar a la cabeza de un muerto. O el caso de dos eremitas que vivían juntos sin haber reñido jamás. Hastiado, dijo el uno: «Tengamos alguna pendencia como los otros hombres»; a lo que el otro replicó: «No sé de qué manera se ha de fazer contienda»; y ni aun proponiéndose lo lograron, porque siempre uno acababa por ceder en la disputa. Al contrario, hubo un monje tan irritable que dejó el convento para irse al yermo, seguro de que,



Hoy se ven líderes impetuosos y azogados que quieren pasar por consumados taumaturgos desde el primer minuto

en soledad, no podría enfadarse con nadie. Pero el diablo logró causarle un arrebató de ira por el método de volcarle la jarra del agua cada vez que el asceta la ponía en pie. Harto del caprichoso cacharro, lo estampó contra el suelo. Entendió la añagaza del diablo y decidió que, rabieta por rabieta, eran mejores en compañía y tornó al monasterio.

Simón del desierto

Uno de los santos más fantásticos de la obra es Simón o Simeón, famoso por la película de Buñuel, en la que el diablo tentador toma bella forma de mujer (Silvia Pinal). Exactamente eso dice el libro. A Buñuel se le reprocha una fantasía desaforada, pero se quedó muy corto. Simeón libró a una mujer «de una sierpe de tres varas» que anidaba en su vientre. Y era ecologista: dejó mudos a unos tipos por matar a una cierva preñada y dotó de agua a una comarca seca. La taumaturgia tardó años en llegarle. Un día decidió vivir por encima del suelo, en una columna (en griego, 'stylos', de donde su mote de Estilita) y pasó varios años sobre un pilarejo de cuatro codos (unos dos o tres metros, sin bajar para nada. Luego se subió a una columna de doce varas, ya respetable altura de unos diez metros, sobre la que estuvo doce años más. Otro tanto vivió sobre la siguiente, de veinte varas. Y, en fin, pasó cuatro más a veinte metros de altura, de los que uno completo lo aguantó a la pata coja. Solo al final se decidió a hacer prodigios, milagreando sobre endemoniados, ciegos, deformes, sordos y leprosos, ya fueran «moros, persas, armacenos, laotos o alófilos». O sea, sin mirar a quién. Simón del desierto se tomó, pues, su tiempo de preparación para perfeccionarse antes de ponerse a remediar al género humano.

Hoy se ven líderes impetuosos y azogados que quieren pasar por consumados taumaturgos desde el primer minuto. Aún pueden, pues, sacarse enseñanzas de las vidas de los santos antiguos.

CUENTOS DE DOMINGO

Antón Castro

El país que seremos

No sé si es una de las frases de la campaña, y si es solo suya, pero Pedro Arrojo ha dicho que empieza una nueva Transición y un nuevo escenario de esperanza y renovación. Quizá él también ajuste un poco la realidad a sus deseos. La campaña ha tenido muchos momentos de espectacularidad, derivados de los debates entre candidatos en televisión, de la pro-

pia pulsión popular y de la sensación de que algo podría cambiar y sepultar el bipartidismo. Ha tenido además algo injustificable: la agresión a Mariano Rajoy. Estremece la rabia y el furor salvaje del joven de 17 años convertido en púgil, en su propia tierra; resulta igual de intolerable que alguien jalee y aplauda ese ataque.

Rajoy también salió tocado de su debate con Pedro Sánchez. Ahí se encontraron dos estilos diferentes y dos actitudes casi antagónicas: el hombre tranquilo, un poco perezoso, que parecía no haber preparado mucho la cita, y el hombre desesperado, o a la desesperada, que tenía que ir a por todas. Sánchez estuvo más impetuoso que lúcido, quiso vencer

por apabullamiento y no le importó acudir al término «indeciso» para calificar a su rival y decir que un líder así, con tantas sombras acusatorias a su espalda, no podía ser presidente de Gobierno. Rajoy se defendió con adjetivos de peso (ruin, deleznable), pero los términos no eran nuevos en la política reciente. Lo más gracioso es que luego Pablo Iglesias y Albert Rivera declarasen que Sánchez se había pasado. La hemeroteca puede revelar de inmediato la inclinación hacia el cinismo.

La campaña ha sido larga para unos y corta para otros. Para Rajoy, larga; le obligó a revelar aspectos humanos de su silencio enigmático. Albert Rivera tiene carisma pero no tiene equipo y

cada día que pasa pierde escafios en intención de voto. Pedro Sánchez intenta probar que puede ser un líder de futuro para un partido capital en la modernización de España y la convivencia, pero le faltan ángel y brillantez y le sobran contingencias, vive en la ardiente oscuridad. A Pablo Iglesias, con vocación de líder de masas y capacidad de improvisación, los quince días le han sabido a poco. Él tiene algo de bailarín hasta el amanecer que mejora su 'swing' a cada paso. Garzón, otra savia nueva ninguneada, es entusiasta pero le cuesta huir de la penumbra política. Profecías al margen, las elecciones del cambio también son las de la máxima incertidumbre.